

Narcoviolenencia

La crónica versus la jerga policial

Sangre de la mafia, clanes, balaceras y ajustes de cuentas encuentran en la no ficción una salida realista, contra la simplificación de los medios.



"Ema" Chamorro y "Guille" Cantero, durante el juicio a Los Monos.

26/10/2018

Por Osvaldo Aguirre

Cuando los principales líderes de la banda Los Monos recibieron condenas de prisión en el desenlace de un juicio oral, la historia de la violencia urbana cerró uno de sus capítulos más sangrientos en la ciudad de Rosario. Fue el 19 de abril de este año. Y apenas un mes después abrió uno nuevo, no menos inquietante que el anterior, con el comienzo de una serie de atentados contra domicilios de jueces y dependencias del Poder Judicial.

Las balaceras nocturnas actualizaron el procedimiento con que las bandas dedicadas al narcomenudeo dirimieron sus cuestiones de competencia en el mercado de la droga y lo extendieron de las zonas periféricas hacia el centro de Rosario. Lo que asustó fue, en primer lugar, la sospecha de que cualquiera podía estar en la línea de tiro, porque los atentados se extendieron a escuelas, parroquias y dependencias municipales. Y al mismo tiempo la información calificada y precisa que demonstraron poseer los atacantes, capaces de golpear objetivos específicos, fuera del alcance de los ciudadanos comunes.

Como en las típicas intimidaciones mafiosas, los tiroteos contra objetivos judiciales fueron una advertencia y también un mensaje. Los sicarios que dejaron sus huellas en orificios de bala y vidrios astillados no erraron la puntería, al contrario, acertaron en el centro de las conclusiones apresuradas que pudieron extraerse del juicio a Los Monos. La política y la Justicia se encuentran ahora ante un nuevo desafío, y en su propio terreno el periodismo también confronta con los interrogantes que plantea una historia compleja, que hace rato desbordó la página de las crónicas policiales.

Los problemas del periodismo de investigación no parecen tanto formales como de enfoque ante la **violencia narco**. Las simplificaciones, los estereotipos y la descontextualización de los hechos son los obstáculos más evidentes. También ciertos aspectos de retórica que los actores de los sucesos, antes que los periodistas, ponen en evidencia. Así como la expresión “crímenes pasionales” quedó fuera de lugar para nombrar a los femicidios, el término “ajuste de cuentas” se ha vuelto transparente respecto del modo en que las fuerzas de seguridad suelen ocultar investigaciones deficientes o desvincular la reproducción de la violencia de la vida cotidiana y de los valores de la sociedad. La crónica todavía arrastra el peso del lenguaje de los partes policiales, y mucho más que eso cuando se reduce a la publicación de los antecedentes de las personas.

Los Monos, de Germán de los Santos y Hernán Lascano, es un libro ejemplar de lo que el periodismo de investigación puede ofrecer en la coyuntura: un aporte a la comprensión de los hechos. Al situar “la historia de la familia narco que transformó a Rosario en un infierno”, como dice el subtítulo, en una secuencia más amplia que la del presente, y articular la intrincada saga de crímenes y negocios sucios en un cuadro donde se ajustan acontecimientos en principio diversos como los saqueos de 1989, el asesinato del docente Claudio Lepratti y un proceso general donde la escuela y el trabajo dejaron de ser una posibilidad para muchas personas, los personajes y los escenarios se presentan en su dimensión más profunda.

A partir del asesinato de Claudio Pájaro Cantero y del encarcelamiento de los jefes de Los Monos, los liderazgos y los reacomodamientos de las bandas narcos en Rosario son vertiginosos y laberínticos. De los Santos y Lascano extraen de ese ovillo de muertes las líneas que despliegan no ya “la historia de la familia” sino el desarrollo reciente de la ciudad. En el principio no hay crímenes sino decisiones burocráticas, como la orden de la intendencia cívico-militar que en 1978 llevó a un conjunto de pobres al extremo sur de Rosario. Aquello que los turistas no pudieron apreciar en la época emergió con toda crudeza en el asentamiento que conformaron esos vecinos no reconocidos, el barrio Las Flores.

En *Triple crimen* (2018), un documental de Rubén Plataneo sobre el asesinato de tres militantes barriales por parte de un grupo narco, el abogado de los Monos, Carlos Varela, explica el fenómeno como un cocktail que reúne tres elementos: “Personas violentas capaces de cualquier cosa”, disponibilidad de armas y “la entrada permanente de dinero, un flujo que golpea como el agua contra la roca y atraviesa todo”. El gesto con que subraya las palabras –la mano se extiende para indicar una tierra arrasada– es tan elocuente como su afirmación de que el crimen organizado no necesita tanto abogados como enlaces con los circuitos de la economía legal.

Los títulos de *Triple crimen* se imprimen sobre el fondo de las torres Dolfines, los edificios más altos de Rosario y un símbolo equívoco de su modernidad. Los extremos aparentemente desconectados de la vida social se asocian en una sola imagen. En la misma línea, las impactantes tomas aéreas de la película sugieren que el problema de la violencia es incomprensible si se lo focaliza en un área determinada y no se observa el conjunto de la ciudad. El periodismo de investigación reclama esa mirada.